



## AMOR Y AMISTAD

Profr. Dr. Jur. Dr. Phil. Agustín Basave Fernández del Valle  
Presidente Honorario Vitalicio de la Sociedad Mexicana  
de Filosofía y Director del Centro de Estudios Humanísticos  
de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

La soledad es una de las últimas y fundamentales experiencias que acompañan al hombre en su historia. Soledad que nos pone ante el espejo para hacernos cargo de quiénes somos realmente. Podemos abrirnos a nuestra esencia auténtica, o podemos sucumbir por la vertiente de la inautenticidad.

Aunque todo ser humano nace en el seno de una familia, cobijado con el manto protector del cariño familiar, puede llegar el momento de sentirse torturadoramente solo, abandonado, perdido en un mar de incertidumbre y riesgo. Ante todo habría que distinguir entre la soledad augusta –siempre poblada de compañías- y el aislamiento misantrópico, deshumanizado, desintegrador. Para muchos hombres de hoy, el aislamiento es por lo común el único modo de contacto con la soledad, con una soledad aparente que en realidad es pseudo-soledad. El aislamiento destruye al hombre, le impide que llegue a ser verdaderamente él mismo. La soledad puede configurarnos si no se endurece y si se abre a lo que le llama desde un destino que nos trasciende y que, en términos cristianos, se llama Providencia. Hay hambre de mundo y de naturaleza en los viajes, en las excursiones. Pero también un hambre de prójimo y de comunidad que sólo se sacia en el encuentro benevolente –no concupiscente- con la persona que se quiere. El mundo de nuestros días nos ofrece muchas posibilidades de comunicación –antes desconocidas- y, sin embargo, nunca antes el hombre se había sentido tan solo. Hay una crisis en la realización de la caridad, del amor, de la amistad. Y si queremos explicar fundamentalmente esta crisis en la vivencia del amor habrá que tomar conciencia de que el apoyo, la raíz, el cobijo y el sostenimiento último del ser humano no se encuentran ni en la naturaleza, ni en el prójimo, ni en la comunidad. Naturaleza, prójimo y comunidad –limitados, finitos siempre- no brindan un supremo y sobrehumano arraigo, un bien saciante en el cual podamos poner nuestra absoluta confianza. La ciencia, la investigación, la técnica, los viajes no conducen a la más alta humanidad cuando en la cúspide no está Dios y Religión. Con Él y sólo con Él la cercanía humana se produce. Se supera el anti-espíritu en la gran ciudad, la aglomeración y la separación, los motivos del enajenamiento, la rebelión contra una realidad que no quisiéramos asumir.

Cuando estamos en disponibilidad, habitados por el amor, surge el diálogo de gran intensidad que absorbe totalmente a dos seres humanos. Súbitamente salen de su mundo habitual. Se encuentran —de repente y sin saberlo cómo— totalmente referidos el uno al otro. Se pierde de vista todo lo demás —al menos queda marginado momentáneamente y puesto en segundo término— y emerge entonces el intercambio y el encuentro como contemplación recíproca y como marcha de dos seres humanos. El uno hacia el otro en recíproco y creciente interés. Esas dos personas se separan momentáneamente de las otras personas y de las cosas que habitualmente constituyen su mundo, pero que ahora serían motivo de perturbación y distracción. Se quiere proteger el diálogo como gema preciosa. Irrumpe la profunda sabiduría del corazón que habla con abundancia y sin miedo a las convenciones sociales. Empiezan a sentirse las ocultas penetraciones, las vivas experiencias, las intensas ansias, los silenciosos amores. Se buscan y se hallan —en mayor o menor grado— las palabras que corresponden al diálogo. La rigidez, la convulsión de la experiencia cotidiana media ha quedado atrás. Se rompe la coraza social que separaba y sepultaba la profundidad personal y las aguas profundas del manantial humano vuelven a hervir y a lanzarse hacia lo alto, “*ad astra*”, con riqueza de pensamientos y experiencias nunca sospechados. Es una inmensa felicidad posesionarse de esa riqueza y transmitirla, comunicarla, donarla al otro. De repente un prójimo cualquiera, que se creía vulgar, es capaz de decir cosas profundas, de formar expresiones plenas que le maravillan a él mismo. Es que ha llegado a tocar su mismidad personal, ha descubierto su riqueza encerrada durante tantos años de vida. Parece como si le asaltase el sentimiento de estar empezando a vivir, de experimentar una fuerza radicalmente transmutadora, de liberar la mejor mismidad. Y ahí están los amigos o los amantes llevándose recíprocamente hacia las profundidades de su mismidad cada vez más amplia o más profunda, como un quehacer felicitarlo que nunca parece terminar. Encuentro de espíritus en la comprensión, corazones vinculados en el amor o en la amistad. Misterio indecible que no puede apresarse con palabras. El monólogo aislador ha quedado atrás. Dos amigos o dos amantes alcanzan la más profunda interioridad del diálogo, se tocan y crecen juntos. Lo demás es gratitud, dicha, gozo, por haber encontrado el uno al otro. Hay también —¿por qué no decirlo?— cierta nostalgia porque las horas bellas y felices pasan rápidamente sin que podamos detenerlas. Pero después, ese diálogo sigue irradiando nuestra vida como un sol poniente que nunca se apaga. Nos hemos transformado, nos hemos liberado del aislamiento, nos ha sucedido algo salvador. Dios no puede estar ausente en el verdadero diálogo de amigos y amantes. Lo encontramos en nuestra soledad y lo encontramos en nuestro diálogo. Nos acompaña siempre: en la despedida, en el recogimiento, en la franquía y en la renovación.

Quienes no han acabado de comprender que el hombre es amor, en su más íntima contextura, pueden hablar como M. D. Chenú, de una “intrusión del amor en el juego de mis decisiones intelectuales”. Pero si la existencia del ser humano se nos presenta, fenomenológicamente, como una dádiva de amor que nos compromete a vivir amorosamente, ¿cómo hablar del amor como de un “intruso” cuando es la estofa —por mucho que la maltratemos— de que estamos hechos? El amor vidente no puede ser jamás un intruso. El amor vidente desata la imaginación. El amor vidente es creativo. El amor vidente nos vuelve a la libertad interior, a la desnudez originaria, a la conversación “sencilla y humilde” con Dios. El estado de inflación en que suele vivir nuestro yo termina donde comienza el amor vidente. El perderse amorosamente es el ganarse. La victoria del amor sobre el egoísmo es la mejor victoria del hombre. La humildad de nuestro ser no tiene por qué quitarnos la alegría de nuestra vida amorosa. El lenguaje del amor trasciende al lenguaje de la obediencia. La voluntad de Dios se incorpora existencialmente, se asume como propia. La disponibilidad y la fidelidad, permeadas por el amor, revisten un carácter fructivo. Nos sentimos vinculados amorosamente a una fuente sagrada. De ahí proviene nuestro querer y ahí retorna una y otra vez. Hablo del amor que construye, que edifica éticamente y ayuda a edificar a los otros. No hablo de un simple concepto, ni de un puro *status* ontológico inerte, sino de vida, creación o cuasi-creación de inmortalidad exigida inexorablemente por el amor. Porque “el amor —como advierte Pablo de Tarso— es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe; es decoroso, no es egoísta; no se irrita; no se toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad, todo lo escucha, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no acaba nunca”<sup>1</sup>. El amor que viene de lo alto no traumatiza, sino libera; no entristece, sino alegra; no es fugaz; sino eterno. Dios no es el policía que persigue al infractor, sino el Benevolente divino que espera el retorno del hijo pródigo a la casa paterna.

El amante genuino, el amante perfecto ama más allá de la recompensa o la retribución. La ley del amor es la gratuidad. “El amante ama porque sí”. Diríase que el amor es su substancia, su ser. No se trata de una virtud suplementaria, sino de una dimensión óptica. Ni siquiera cabe admitir que el amor sea su propia recompensa, porque el verdadero amor es gratuito, es donación. Un “amor egoísta” no es amor. No cabe amar solamente a una persona a costa de los demás; ni tampoco cabe, en buena tesis, amar al prójimo para complacerse en el prójimo. Al prójimo se le ama porque es él, para promoverle hasta el máximo, para servirle desinteresadamente. Este amor es un trasunto del amor de Dios, un resplandor del amor divino en su creatura que se comunica a otra creatura.

BASILIA ALFONZINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
B.A.F.E.

Aunque el amor es sumamente difícil de definir, porque no es algo que se tiene sino una manera de ser, ocúrreseme proponer la siguiente definición: *El amor es un afecto vivo, benevolente y promocional del hombre, que se profesa a Dios y al ser humano.* Trátase de un sentimiento fundamental e irreductible que es la forma más profunda y más rica de relación y de vínculo. Tiende hacia la unidad espiritual y, en el caso del amor-pasión, también a la unidad física. La sexualidad no es la única razón de ser del amor, aunque es una consecuencia de efusión cordial y personal. Es el amor personal el que informa la sexualidad y no la sexualidad la que informa al amor personal. El sexo es un don de Dios, una perfección a partir de la cual tiene su significado toda paternidad o toda maternidad. "Basta de tremendismo moral". Lo sexual no debe de ser recluido a la categoría de lo nefando, inconfesable y prohibido; ni a la región del morbo, la cínica impudicia y el exhibicionismo degenerado. En todo caso, el centro de gravedad de la convivencia de hombre y mujer no es —ni siquiera en el matrimonio— lo sexual, sino *lo personal* y más aún, *lo divino*. Por importante que sea, lo sexual no pasa de complemento y de incremento. El cariño y la unión personal está muy por encima del acoplamiento infrahumano. No confundamos lo sexual con lo sexuado. Mientras lo sexual se ejerce durante una época de la vida, lo sexuado nos acompaña desde la cuna hasta la tumba. Se nace hombre o se nace mujer. Desde el punto de vista somático y psicofísico, se trata de dos diversas realidades, sin mengua de la fundamental unidad del ser humano. Tan persona humana es el hombre como la mujer. No hay dos especies humanas, pero sí existen dos versiones de lo humano, dos polos que se implican y complican. Para comprender mejor a la mujer se necesita conocer al hombre y para conocer mejor al hombre se necesita conocer a la mujer. Por el sexo participamos en una fuerza creadora superior, transpersonal y cósmica. Por lo sexuado realizamos una creatividad espiritual —masculina o femenina— que proviene de nuestro ser religado a Dios y toca los más profundos y últimos estratos de lo humano. La versión masculina y la versión femenina de lo humano no poseen un elemento dinámico, un factor relacional y un valor propio. Son versiones complementarias que fecundan y enriquecen la vida espiritual. Son itinerarios hacia Dios. Alrededor de los valores encarnados por la mujer y de los valores realizados por el hombre gira el mundo. Y aún hay formas inéditas de ser hombre y de ser mujer.

Amarse a sí mismo legítimamente es dejarse ser como Dios nos quiere, es liberarse de pasiones insanas para mejor llegar a la mismidad personal. El amor libera. Nos libera a nosotros mismos y ayuda a liberar a los demás. Más allá de una cierta y necesaria *ascesis* está la aceptación indulgente de nosotros mismos, la gratitud al don de ser "Yo mismo" que viene de lo alto. Esto es lo que nunca supo comprender bien Pascal. Tendía a odiarse, a autoacusarse, a autocastigarse en exceso. Esta actitud puede conducir al

autoaniquilamiento espiritual. El entendimiento conoce, la voluntad ama. Pero la voluntad ama lo que el entendimiento le presenta como amable. Para que el entendimiento conozca "*de facto*", es preciso que la voluntad lo mueva. Y la voluntad se mueve, a su vez, por la amabilidad del objeto que descubre el entendimiento. Ciertamente el amor nace del conocimiento, puesto que no se puede amar lo que no se conoce. Pero sólo el amor es fecundo. Somos polvo y ceniza, sombra que desaparece, una vida que pronto se marchita y seca. Sin la conciencia de nuestra miseria espiritual y de nuestra indigencia física no podemos llegar a la sabiduría. El amor es el poder que mueve a la vida, el conductor unitivo. Gracias al amor se une lo que estaba separado. La reunión presupone una unidad original, abarcante. El amor no existe sin la emoción aunque no se reduce a la emoción. Se habla también, en nuestro tiempo, del concepto de *amor-social*: hábito —o firme disposición— del pensamiento y del comportamiento nacido de la preocupación por la comunidad y por su bien. Agustiniamente hablando, el amor es el supremo principio de orden. Por eso hablamos del "*ordo amoris*". Ha quedado atrás el deber, la obligación. No se trata de que el deber se quebrante, sino de que se trasciende por el amor. Éste, y no otro, es el sentido de ese precioso aforismo que ha esculpido San Agustín en frase lapidaria: "Ama y haz lo que quieras". Porque el que verdaderamente ama, todo lo hará por el bien de la creatura amada. La única condición es amar, amar rectamente. Todo lo demás —bienes, sucesos, alegría— vendrá por añadidura. En el supremo reino del amor reina supremamente la libertad.

Sin el amor la vida no sería digna de ser vivida. Con el amor, se tiene la clara conciencia de un destino del hombre. En el recinto profundo y misterioso de mi intimidad surge, gracias al amor, un nuevo reino henchido de plenitudes insospechadas. Una realidad viva y tremolante proyecta su palpitar sobre los seres del cosmos... Es la fuerza creadora del espíritu ("*lato sensu*") la que se afirma y se revela.

Cuando el ser humano, por soberbia, aspira a cortar las amarras que lo religan al Ser necesario, cuando aspira a la propia independencia y cree posible constituirse en un ser autosuficiente, cae fuera de la comunidad amorosa y se pierde en la nada.

El amor lleva a plenitud la indigencia. El amor es una actitud peculiar y permanente del espíritu, a la cual se le puede asignar —como lo ha hecho Joaquín Xirau— cuatro notas fundamentales: 1) El amor supone abundancia de la vida interior. 2) El sentido y el valor de las personas y de las cosas aparece a la conciencia amorosa en su radiación más alta. 3) Hay en el amor ilusión, transfiguración, "*vita nova*" o "*renovata*". 4) La plenitud del amor supone reciprocidad y, por tanto, en algún sentido, fusión.<sup>2</sup> Un recóndito afán de entregarse, de expandirse, y de gozarse con esta expansión,

caracteriza al amor. En este sentido, el amor presupone abundancia de vigor espiritual, exuberancia. Sólo es capaz de verterse el que rebosa. Se trata de una espontánea generosidad; Scheler ha observado que la mirada amorosa ve en las personas y en las cosas, cualidades y valores que la mirada indiferente o rencorosa es incapaz de descubrir. El amor ilumina en el ser amado perfecciones virtuales y latentes, y organiza en unidad jerárquica una pluralidad de valores. Todo –incluso los defectos– son puestos, por la videncia amorosa, al servicio de algo superior.

Aunque en el amor un ser esté fuera de sí, íntimamente unido a otro, conserva su individualidad. Porque la fusión amorosa no es disolución de personalidades.

El odio es desorden. Y es desorden porque es ceguera. La actitud rencorosa todo lo destruye; cierra los caminos y les quita eficacia y fecundidad. “La realidad –dice Joaquín Xirau– se reseca y se quiebra. Pierden las cosas la gracia y con ella la posibilidad de toda revelación. Nada dice ni nos dice nada. Todo deviene insignificante, silencioso y gris. Destruído el sentido inflamado de las palabras y de las cosas que designan, resulta imposible entender ni interpretar nada ni aún pronunciar palabras con pleno sentido”.<sup>3</sup>

En la más profunda subjetividad encontramos una intersubjetividad, una comunidad amorosa. Sintéticamente podríamos decir que tenemos una visión innata del amor, solidariamente unida a la noción de ser humano.

Hay un amor que nace de la indigencia del hombre. El yo se torna al tú para abrazarlo y unirlo a sí. Pero este anhelo –expresión de la insaciedad y de la soledad del yo– es signo de pobreza. Se busca una plenitud y una intimidad que no se tiene. En esta búsqueda el tú es puesto al servicio del yo.

Pero hay también otro amor que no surge en la indigencia, sino en la plenitud. Ya no se trata de un tú al servicio del yo, sino al contrario, de un yo que comunica su propia riqueza al tú. Y esta comunicación se verifica por afán de comulgar en una intimidad que rebosa bondad, por alegría de donarse. En uno o en otro caso, el amor es un estado o propiedad del ser. Toda la vida gira en torno del amor que realiza la unitaria comunión de los seres.

Esa tensión de la indigencia a la plenitud, de lo imperfecto a lo perfecto, es la traducción de un ritmo existencial ineludible: La inquietud. En este sentido metafísico, el amor es una categoría de la existencia humana. Trátase de un temblor metafísico –y no de una simple emoción psicológica–

que es inspiración y fuerza creadora; tensión hacia lo real, hecha de visión cognitiva, que nos adentra en los misterios del ser.

El amor existe. De esto no nos puede caber duda, puesto que lo sentimos y lo observamos. Si no lo experimentásemos, no podríamos comprenderlo. Y si no comprendiésemos el amor, perdería su sentido el problema del fin y del destino humanos.

Cuando se ama, se experimenta el sentimiento de una fusión de almas que intensifica la vida espiritual, hasta el grado de vivir la duración en un sentido absoluto que apunta a una verdadera eternidad.

Agustinianamente hablando, podríamos decir que un hombre es su amor. El origen de la actividad humana, la fuerza creadora y constructiva del hombre, se llama amor. Todo impulso, toda pasión, todo sentimiento tienen su raíz en el *amor-fuerza*. Y hasta nuestro entendimiento requiere un objeto (valor) que suscite en nosotros un deseo (amor) por conocerlo.

Mi destino es iluminado por el amor. El amor me revela que estoy hecho para la perfección, que mi aspiración o sed infinita de vida y más vida no se aquietará hasta llegar a su término: La suprema perfección. El instinto sexual no es más que una primera fase –imperfecta y provisoria– del amor. Como necesidad orgánica, desaparece una vez satisfecho. Como deseo por la posesión del cuerpo, se desvanece cuando la hermosura física se marchita o se corrompe. Por eso el auténtico amor, es amor de perfección, amor del bien, de la belleza, de la sabiduría. El verdadero amor es el amor de Dios. El espíritu humano no tiene otro centro de reposo. Fuera de este supremo centro gravitatorio todo es desorden y agitación.

A más de mover nuestra vida, el amor le da su valor exacto. Cuando el hombre se siente impulsado por el amor debe ante todo examinar hacia donde lo dirige el amor. Si se inclina a lo terrestre o corruptible por sí mismo, como último *desideratum*, su vida gira en torno del tiempo y de la nada. Si se dirige a lo eterno y perdurable, su vida se hace valiosa. En lo perecedero no puede encontrarse felicidad. Y nos importa, sobre todo, encontrar el camino más corto y seguro para llegar a ese feliz estado de reposo. Conviene conocer y valorar cada ente para darle el grado de amor que merece.

“El alma es en este mundo sólo por el amor; en efecto, donde ama ahí es; tal como ama es”, apuntó penetrantemente el maestro Eckhart.<sup>4</sup> Yo diría que el amor nos define, nos calibra, hasta el grado de poder afirmar, –como lo he propuesto– : *Dime lo que amas y te diré lo que eres.*

Hay en todo hombre una especie de raíz o soporte de todas sus actitudes generales, que los griegos llamaron "*ethos*". Y el núcleo fundamental de ese "*ethos*" es -en términos agustinianos- el "*ordo amoris*". Se trata de un orden axiológico objetivo que nos hace preferir y postergar, de acuerdo con su rango jerárquico, los valores que orientan nuestra vida. Es necesario tener un amor ordenado y rechazar un amor desordenado. San Agustín lo supo ver con admirable clarividencia: "Vive, pues, justa y santamente aquel que es un honrado tasador de las cosas; pero éste es el que tiene el amor ordenado, de suerte que ni ame lo que no debe amarse, ni ame más lo que ha de amarse menos, ni ame igual lo que ha de amarse más o menos, ni menos o más lo que ha de amarse igual".<sup>5</sup>

Conocer a fondo a una persona es conocer -escudriñando- el orden de su amor. Y tan importante resulta el amor en nuestra vida que San Juan de la Cruz no vaciló en decir: "*A la tarde te examinarán en el amor*".<sup>6</sup> Dicho de otro modo, a la hora de la muerte seremos juzgados por nuestra caridad o falta de ella. Max Scheler se interesó profundamente en el orden y el desorden del corazón. No pudo cuajar su proyecto de completar un tratado "*Del ordo amoris y sus trastornos*", pero nos dejó unos apuntes valiosísimos que tradujo al español Xavier Zubiri, en edición de Juan Miguel Palacios, publicada por Caparrós editores. Me interesa destacar puntos coincidentes que hago míos: "Y lo supremo a que el hombre puede aspirar es, a amar las cosas, en la medida de lo posible, tal como Dios las ama, y vivir con evidencia, en el propio acto de amor, la coincidencia entre el acto divino y el acto humano en un mismo punto del mundo de los valores".<sup>7</sup> El *ordo amoris* objetivo lo establecemos con la recta *ratio*. Claro está que la revelación, para el cristiano, puede dar nuevas luces y afianzarnos en nuestras preferencias y desdenes. Ese orden del amor nos expresa en todos nuestros actos espirituales, de tal modo que Scheler ha podido decir que "Quién posee el *ordo amoris* de un hombre posee al hombre". ¡Es verdad! *Dime lo que amas y te diré quién eres*, se me ocurrió decirlo, hace algunos años, antes de haber leído el *Ordo Amoris* de Max Scheler. El desorden del justo *ordo amoris* es "un desorden del corazón". *El legítimo amor propio es, en última instancia, un amor de la propia salvación*. El amor desmesurado de sí mismo constituye una estéril y destructiva visión narcísea. "La eterna sabiduría que habla de nosotros no es estridente e imperante, sino absolutamente silenciosa y previniente, y resuena tanto más fuertemente cuanto más *desoída* es en la conducta".<sup>8</sup>

Antes de ser un sentimiento, el amor es una tendencia o movimiento óntico de nuestro ser, que conduce cada ente hacia la perfección axiológica que le es peculiar y que le corresponde. En este sentido, el amor edifica el mundo y nos edifica. "Quien mira el silencio en torno suyo -advierte Goethe con su habitual sabiduría-, ve cómo edifica el amor". El dinamismo

del amor nos hace superarnos, porque el hombre está hecho para ser superado, pero no por los caminos nietzscheanos del "*Übermensch*" sino por los caminos del *ordo amoris*. Y la dirección de ese *ordo amoris* apunta a Dios centro personal de la *habencia*. "Antes de *ens cogitans* o de *ens volens*, es el hombre un *ens amans*. La riqueza, las degradaciones, la diferenciación, la fuerza de su amor, circunscriben la riqueza, la especificación de funciones, la fuerza de su posible espíritu y de su posible horizonte al contacto con el universo".<sup>9</sup>

El buen *ordo amoris* nos salva de los ídolos y del encaprichamiento. ¡Cuidado con la seducción de los bienes finitos que usurpan el lugar del Bien infinito! Cuando el hombre se encapricha de modo absoluto se erige en trágico absoluto. Se pueden idolatrar otros entes o se puede auto idolatrase. En ambos casos se marcha a la autodestrucción, al fracaso radical. ¿Podremos constituirnos, alguna vez, en un *microcosmos* del mundo de los valores? A diferencia de Scheler, yo no creo en una *cultura del corazón* independiente, en absoluto, de la *cultura intelectual*. Hay un primado de dirección -sólo de dirección- del "*Logos*" sobre el "*Ethos*". Pero el amor abraza y excede a la verdad, porque las verdades si no son administradas por el amor, pueden contribuir a dañar a las personas. El *amor injusto* o *trastornado* es consecuencia del odio al orden del amor. Cabe pensar en el odio "como una reacción contra alguna forma de amor falso". El resentido profesa un amor aparente, no un amor leal. Alguna vez, antes de odiar el hombre resentido amó lo que ahora detesta. Y detesta por su impotencia para lograr lo que el otro ha logrado. La rebelión del órgano cordial contra el orden del amor es lacerante. Los ámbitos selectivos para el amor los forjamos con nuestras disposiciones recibidas o heredadas y con nuestra libertad y entusiasmo.

El conocimiento filosófico del amor se centra en la intuición que se nos da del mismo como un afecto vivo, benevolente, promocional. El amor es siempre personal: Se profesa a Dios o se profesa al prójimo. A los entes de la creación se les ama como seres creados donde advertimos la huella de Dios. En consecuencia, el amor tiene su fundamento en el Dios personal primordialmente y en la persona humana después. En Platón el amor no es visualizado como respuesta al valor, sino como afán de perfección. Pero "el amor -como advierte lúcidamente Dietrich von Hildebrand- es una respuesta al valor y no un apetito. El interés real por una persona, la solidaridad con su felicidad y su dolor, la alegría por su esencia, el sentirnos arrebatados por ella, son una respuesta inequívoca a un ser humano determinado y a la belleza de una personalidad".<sup>10</sup> Ciertamente el hombre está muchísimo más alto, en la escala de valores, que un animal; pero también puede darse una plena respuesta al valor y amar a un animal con el cual se cuasi-convive. La respuesta por excelencia al valor se da en el acto humano más trascendente y

más objetivo: Amor a Dios como Bien saciante y absoluto en sí mismo y para mí mismo. Nada comparable a la respuesta que se da a la belleza y santidad infinitas. No se trata solamente de absoluta dependencia ontológica de Dios, sino de verdadero amor, del más alto amor. Al ser amado el Bien absoluto se anhela la unión eterna con Él. Dios -y sólo él- nos preserva de sufrimiento eterno y nos destina a la felicidad perenne, siempre que correspondamos a la llamada.

Toda persona amada es fuente de felicidad para quien ama verdaderamente. Sólo en el amor personal se da una *intención unitiva* ¿Llamaremos *sobrevalor* a esa respuesta? Me parece que basta apuntar la peculiaridad del amor personal. El amado se convierte en bien objetivo para quien ama. Los otros bienes relacionados con la persona amada pueden conmovernos y convertirse en bien objetivo e indirecto para nosotros, los amantes. “En el *orden del amor*, los cónyuges han de ocupar el primer lugar en el marco del amor. La primacía tiene su fundamento en el entrelazamiento de la mirada del amor esponsalicio, en su particularidad categorial, en el consenso que resulta de él y en la mutua entrega corporal”<sup>11</sup>

Amar es un salir de la vida de cada cual, como cuando amamos al prójimo. La vida individual no queda anulada, sino enriquecida cuando se ama al prójimo. Lo que sucede es que el amor a sí mismo se calla y no busca su felicidad, sino la del otro, la de nuestro semejante. La caridad -antítesis del egoísmo, de la indiferencia y de la dureza de corazón- se constituye siempre en Dios. Diríase que se está *derramando bondad santa*. El corazón fundido al ser absoluto, se transfigura con la entrega benevolente. Ahí encontramos la fuente de la felicidad personal, aunque no podamos negar “los amores naturales intensos y profundos. En cualquier amor intenso y profundo se da una intención unitiva, en alguna manera. Hay fuerza y dulzura, audacia y ternura. Por eso exclama, Siegfried Johanness Hamburger, en forma magistral: “Tratemos de mirar de verdad, cara a cara y de corazón, al amor, a este fenómeno originario de fenómenos originarios, tratemos de abrirnos de verdad a la sublime libertad y grandeza que le es peculiar con toda ternura. Y de su audacia esencial podríamos decir que su rostro nos iluminará con sus rayos”<sup>12</sup> Si el hombre es un *ens amans*, ¿cómo no comprender esa libertad del amor, esa grandeza y esa ternura que le es peculiar? Por algo -quiero recordarlo nuevamente- decía San Agustín: *Ama, y haz lo que quieras*. No se trata de una invitación al libertinaje sino de amar verdaderamente al amado o a la amada, porque si se ama auténticamente todo lo que se haga será en beneficio de la persona amada. ¡Suprema libertad que trasciende el mundo del deber! Y a la par, suprema grandeza y fuerza que se compara con la muerte, que se enfrenta con ella y la vence.

La amistad -acto intencional del ser humano- es siempre una salida hacia un encuentro. ¿Encuentro con quién? Con el otro, con el tú consciente y operante como yo. No se trata solamente de lanzar un sentimiento, una voluntad, sino de recibir lo que viene del otro. El amigo es para el amigo un centro emisor y un centro colector. Se sale en busca de un ser en quien podemos depositar la confianza. Al encontrarlo nos *explayamos* intelectual y emocionalmente, exponiendo nuestros pensamientos y nuestros sentimientos en el orden que sean. En el encuentro confidencial con el otro, que es un amigo, nos encontramos también con nosotros. Es nuestro yo que encontró su otro yo, nuestro “*logos*” que halló su “*dialogos*”. Y en la compenetración-comprensión nos vemos en reflejo, en directo en cuanto dos amigos integrantes de la nostridad son “dos mitades de la misma alma”. La salida de sí mismo, la búsqueda y la llegada a la benevolencia activa y recíproca nos amplía el horizonte mundanal y la intimidad humana. La convivencia amistosa acrecienta el campo de la autocomprensión, intensifica la consistencia espiritual y nos regala un nuevo territorio de copropiedad amistosa. Porque nacimos para ser amigos, aunque a veces nos empeñemos en cultivar enemistades.

Cuando encuentro a la persona amiga siento que me atiende y me encuentro mejor a mí mismo, más enriquecido, con mayor comprensión, más cerca de la plenitud. Los amigos ven reflejados sus respectivos “yo” en el “tú” como fruto de una noble sinceridad que pide duración, profunda duración y estabilidad en la amistad.

El amor que engendra amistad está más allá de la confidencia -aunque la suponga-, más cerca de la abnegación -aunque no se confunda con ella-, en el corazón de la ofrenda personal no concupiscible. Al darnos en la amistad -singular paradoja- nos recibimos. En el amigo encontramos reflejado nuestro yo todo, como en un espejo. Una palabra, un gesto, una mirada o una acción bastan para encontrarnos reflejados en el amigo. No todas las palabras nos llegan al fondo de la intimidad. Necesitamos expansión de sentimientos amistosos, más que puros fonemas, meras emisiones de voz. “Mi amigo tiene que ser otro con el que yo pueda ser sí mismo, tanto que, cuando esté con él, me sienta más mí-mismo que cuando estoy a solas”, advierte Moisés Ma. Campelo, O.S.A.<sup>13</sup> Acuciados por la curiosidad de investigarlo todo, nos topamos con nosotros mismos, con las cosas y con los otros. Si el yo se enajena en lo exterior, en las cosas, distorsiona el sentido humano de la entrega. Si al verse reflejado en el otro, el yo queda estancado en una mirada narcisista, entonces se tuerce la dirección y se pervierte el sentido de entrega humana. Cuando no vemos en el otro un tú que se aproxima, es que hemos anulado concupiscentemente a la persona del prójimo. Habrá sensualidad, sexualidad o diáspora, pero no habrá amistad. En el reflejo del yo en el tú tiene que sentirse, de alguna

manera, la presencia de un Yo –con mayúscula-, que acoja al yo humano como un tú amparado. Si el otro no me indica a Dios en presencia es porque el espejo está sucio o empañado. O puede ser que el yo se incapacite por egoísmo o soberbia para el reflejo en el tú que nos indica la presencia de Dios. Porque en última instancia, como advierte San Agustín, “ama verdaderamente al amigo quien ama a Dios en el amigo, o porque está en Él, o para que éste esté con Él”.<sup>14</sup>

La amistad está en el ámbito del ser y no del tener. Yo no tengo amigos como tengo automóviles, libros y ropa. Soy amigo. Y mi más verdadero ser lo encuentro en el dar. Hay mayor felicidad en el dar que en el recibir. Pero es preciso saber “olvidarse” en el amigo para ganar la mayor riqueza del programa existencial que somos. Esa misteriosa posibilidad de extensión del “ego” hacia el “alter ego” es raíz estructural de la amistad. La simpatía –apropiación espontánea de la vivencia ajena- y la estima –reconocimiento de la valía ajena- son pródromos de la amistad. El que llega a la amistad verdadera y ha logrado “descentrarse” completamente para descansar en otro centro reconocido. El amigo quiere para el amigo lo que quiere para sí. Más aún, quiere su realidad como es y con el proyecto de ser que entaña; quiere la realización plena del amigo, cómo él mismo la quiere. No estamos ante un simple respeto, sino ante un querer positivo, ante una benevolencia personal. La amistad pide reciprocidad o correspondencia para ser en plenitud. El camino difícil de la amistad supera los peligros de narcisismo, misantropía, ambición o soberbia. La amistad se puede empeñar y hasta romper con el más leve acto o movimiento de voluptuosidad intelectual o sentimental. Quien busca prosperar a cuenta del otro, quien no se compadece del amigo caído o en aprietos, quien a expensas del amigo ensalza su *ego* no se puede abrir a la verdadera amistad. Puede ser un diestro salteador de caminos o un judas solapado, pero nunca un amigo. No ver en el tú, sino solamente al yo, sin considerar que del tú se debe hacer un yo dentro del sí mismo por una comprensión cabal de ofrenda, es trastocar la amistad por extraviadas sendas de soberbia. El soberbio es incapaz de convivir comprensiva y ecuménicamente. Está incapacitado para la vida de comunidad amorosa o amistosa. Peor aún: quien se ama a sí mismo y no ama a Dios y a los prójimos, no se ama. El vacío de amistad se adentra en el soberbio y termina por aniquilarle, cuando no enmienda rumbos. Cara a la muerte, San Agustín expresa su amistad heroica: “No quiero salvarme sin vosotros”, les dice a sus amados feligreses.<sup>15</sup> Los otros, la comunidad, el mundo, todos los hombres estamos vinculados en el destino felicitario.

La benevolencia activa y recíproca que está entañada en la amistad, es una entrega amplia, total, sin reticencia.

La amistad nos lleva por todas partes e involucra todas nuestras dimensiones. Con amistad somos más nosotros que sin amistad. Toda amistad humana –preciso es recordarlo-, requiere un apoyo en el Dios Bien Supremo, que avala y ampara –como causa fontal única- los demás bienes. Amor que no sea un reflejo del amor de Dios, es un pseudo-amor que, a la postre, se deshace como nube de verano o se rompe como la ola frente al acantilado. Y es que la verdadera amistad –así lo pienso yo, por lo menos- es un salto a la Trascendencia. Porque la amistad es indicador del Tú divino en mi ser y en el de los otros amigos. Indicador en el estado de itinerantes hacia la patria final.

Sin dejar de ser personal, sino más bien por serlo, la amistad de algún modo se dirige a todo ser personal. La virtual universalidad de la amistad se encuentra –más allá de la congenialidad simpática y de la estima objetiva- un fondo personal que reconoce y quiere al descubrir una realidad humana que espeja, en alguna forma, la realidad divina del más fiel amigo.

Encuentro en la amistad una vivencia metafísica –la más auténtica y exigente- que nos conduce al “*Agape*” puro en sentido cristiano, a la experiencia de la entrega y el sentido nuevo de la vida. No cabe convencer del sentido de esa vivencia a quien no tenga alguna experiencia amistosa. “Dame uno que sea o que haya sido amigo y lo entendería”, podríamos decirle al escéptico. La vivencia de la amistad –noble y generosa- nos hace tocar lo Absoluto al sumergirnos en una comunión que es misterio más que problema.

La práctica de la amistad está en crisis. Una época pragmática y materialista como la nuestra no es propicia a la amistad. En no pocas ocasiones –y es el menos malo de los casos- la amistad ha degenerado en camaradería. Se ignora que la amistad ennoblecía la vida. Sin ella, la vida humana –sucia en tantos aspectos- no valdría la pena de ser vivida. Con ella experimentamos la presencia de Dios. Porque al encontrarme con el ser-tú del otro me encuentro –entre el yo y el tú- con el Tú absoluto. En este sentido en la amistad no hay dos, sino tres sujetos.

A más de cosas, el mundo contiene encuentros. Y dentro de los encuentros se dan encuentros de intimidades, de mismidades personales que permanecen ocultas, reservadas en aquellas relaciones sociales tópicas, comunales, mostrencas. En el “*animal insecurum*”, que es el hombre, se da una atracción hacia los ideales, hacia los nobles sueños, hacia la plenitud subsistencial. Otros, como yo, experimentan esos mismos impulsos. No estamos solos. Al darnos cuenta del parentesco ideal nos proporcionamos mutuamente alimento anímico, nos sentimos acompañados en la búsqueda de lo valioso, de lo infinito. Por encima del yo empírico se alza nuestro yo

ideal. ¿Por qué no ayudarnos recíprocamente a alcanzar ese yo ideal? Si nunca estamos a la altura de nosotros mismos, siempre requerimos ayuda del amigo. La vida es aventura desconocida e incierta. *Estar-juntos-finitamente* en la aventura humana, con simpatía activa y recíproca, es abrirse a la vivencia de un Dios personal y amistoso.

Los amigos se sienten contentos de estar juntos, de penetrar paulatinamente en las profundidades psíquicas, en las interioridades espirituales. Y todo ello con el más absoluto y noble desinterés. El amor de amistad es incondicional, Dios fusiona la bondad y la belleza de los espíritus afines. La unión amistosa enriquece todos los estratos del ser humano. Detrás del verdadero amigo está Dios. Más allá de la dicha y de la desdicha estamos siempre con el amigo. "Una amistad que pudiera terminar alguna vez -advierte sabiamente Aristóteles- nunca ha sido una auténtica amistad". A un verdadero amigo se le quiere hasta después de la muerte. Aunque desaparezca visiblemente, nos habla, desde la eternidad, palabras de consuelo. En realidad, la amistad rota por la muerte fue una concreción terrena del común teotropismo. El desarrollo de la amistad, visto desde esta perspectiva, no tiene límites. La presencia del Absoluto en los amigos les hace sentirse poseionados por la bondad absoluta. Hay una nueva y serena seguridad. Nos tornamos pacíficos, benevolentes, comprensivos, generosos. ¿Cómo no ver en la amistad un don del cielo?

El hombre amistoso es amistad encarnada para los demás. Parte de Dios y se entrega al amigo. Nada espera para sí mismo; ningún interés mezquino le mueve; sólo el encuentro con un tú concreto e individual polariza su atención y su afecto. En ese encuentro descubre lo trascendente. Y al descubrir lo trascendente se convierte en un testigo de Dios, realizando de esta manera la amistad con la fuerza de un testimonio.<sup>16</sup> "Amigo de los hombres"<sup>17</sup>, llama San Pablo a Dios. Nosotros somos testigos de su amistad, de su clemencia, de su compasión.

"La verdadera amistad, benevolencia activa y recíproca, está más allá de lo deleitable y de lo útil. Es incumbencia cordial y profunda de ayudar al amigo en la empresa de vivir. A diferencia del servicio que es unilateral -y generalmente pagado- la amistad es una prueba constante de colaboración desinteresada". Esta definición esencial de amistad -que tuvo la satisfacción de formular en el Ideario del Club de Sembradores de Amistad, hace algunos años- supone que la voluntad humana no se perfecciona cabalmente sino a condición de amar el Bien Total, el único que la puede satisfacer. El hombre no se realiza más que superándose. Pero no por el camino del superhombre nietzscheano. Realizamos nuestro bien en la medida en que nos olvidamos de nosotros mismos para perdernos en el bien. Ya lo dejó dicho Platón en "El Banquete". "Aquel a quien el amor no toca, camina en la oscuridad".

"Aún antes que el amor erótico deje sentir un llamado misterioso en el corazón del joven o de la joven, ese corazón se ha abierto ya a la amistad. La amistad existe en los jardines de infantes, en los asilos de ancianos y hasta entre locos. Los hombres que han alcanzado las más altas cumbres de la vida espiritual renuncian, con cierta frecuencia, a los placeres del amor, más no a los de la amistad. Y es significativo que Cristo, que no quiso para sí el amor que une al 'hombre con la mujer', ha vivido a fondo la comunión de la amistad (Magdalena, Marta, Lázaro, Juan). Mientras que el amor erótico no tolera ser compartido, la amistad sí. La amistad quiere el diálogo sincero, simple, espontáneo. Está hecha de serenidad y de luz, no de embriagueces de los sentidos. Es más específicamente humana que el amor erótico. Exige una igualdad entre sus componentes, mayor que la exigida por el amor".<sup>18</sup>

La disolución progresiva de la amistad -"Charitas" en su sentido etimológico- ha producido el actual hombre absurdo que en su voluntad y en su desesperanza produce sudores de angustia. Coexiste con sus prójimos -que siente muy lejanos- como mera contigüedad física. Sin amistad no hay verdadera comunicación. No hay convivencia porque no hay relación auténtica entre el yo y el tú. Resulta explicable, en este supuesto, que un estado omnívoro planifique lo económico y lo político, lo público y lo privado, lo moral y lo inmoral. La técnica, que sólo tiene razón de medio, se transforma, insensiblemente, en un *desideratum* último obscureciendo la amistad. Ya no se sabe qué hacer con la transformación del medio ambiente. Y el mundo tecnocrático, moralmente neutro, se mueve por el mito del progreso, sin referencia posterior a nada. Perdida la regulación moral y amistosa, las fuerzas de la técnica nos ponen frente a la amenaza inminente de la destrucción de la humanidad o de gran parte de ella. Se nos quiere hacer creer que la división del mundo, en dos fracciones -no enemigas por naturaleza-, que se disputan, con diferentes propósitos y con diversos modos, el dominio de la comunidad internacional, es tan inevitable como la ley de la caída de los cuerpos.

Nunca se dirá bastante sobre el valor de la verdadera amistad. Concordancia de los querer entre aquellos que entienden no ser más que para un sólo valor. Comercio para ayudarse mutuamente a gozar de lo que no muere. Unión complementaria en un nosotros a despecho de la divergencia de caracteres y de la diversidad de opiniones. Corazones que nada escatiman cuando se trata de sufrir o de alegrarse con el otro; que es un *"alter ego"*: "Mantengámonos unidos -decía Domingo de Guzmán a Francisco de Asis- y nadie prevalecerá contra nosotros". La amistad no se finca sobre un engaño. El interés, el placer, la simpatía fácil, el buen humor, las agradables lisonjas a cambio del sacrificio de lo mejor que hay en la

existencia del otro. Si la amistad es por naturaleza duradera, no hay que preocuparnos demasiado por los que rompen la benevolencia activa. "Los que cesan de ser amigos —aseguraba San Francisco de Sales— no lo fueron jamás". Pero que las decepciones, al fin y al cabo inevitables, en este "valle de lágrimas", no paralicen nuestras manos de sembradores. Estamos de paso en este escenario; somos peregrinos de una realidad más alta. Nuestro tránsito debe dejar, no obstante, la huella de un señorío sobre el contorno y de una amistad que venza la prueba de la muerte.

Contra la mística operante del odio, es preciso emprender una cruzada de la amistad. Al puño cerrado hay que oponer la mano abierta. La amistad, y sólo la amistad, puede salvar al hombre en el plano de la convivencia social. Y hasta en el plano de nuestro destino último de personas, será la amistad de Dios la que nos salve.

La muerte del amor petrifica los corazones. La leña seca del sistema cordial, en un odiador, sólo sirve para arder. El desamparo espiritual no puede ser más lacerante. El que endiosa a una creatura, a la ciencia, al arte, al dinero, a la voluntad de poder, no llega a una verdadera solidaridad con los demás. Lo más probable es que concluya en un egoísta enamoramiento de sí mismo.

Me parece que el mundo contemporáneo no ha ensayado, a gran escala, una educación para el amor. Y para que el mundo sea habitable por el hombre, requerimos una educación para el amor. Las universidades no han querido creer en el amor como fuente de luz y de ciencia, de calor y de consuelo para el hombre y la sociedad. Sobran eruditos y faltan sabios. Hay poca gente feliz. Siento una compasión infinita por ese pequeño, admirable ser que vive y muere entre asfalto y humo, siempre atenazado por el reloj, molesto por enfermedades que produce la civilización, saturado de problemas, siempre a la búsqueda, pero generalmente frustrado antes de haber encontrado el amor.

Me dan miedo las palabras devaluadas por ausencia de autenticidad. La palabra amor ha de ser un acontecimiento en nuestra vida. Si no ocurre sería mejor que no la dijésemos y no la escribiésemos. Porque la palabra genuina es ser lo que somos. Si somos plenos —como se puede ser pleno en esta vida— lo único que nos falta es la plenitud de los demás. ¿O es que acaso el hombre no está encomendado al hombre? Si ya no hay amistad, si ya el hombre no cuida del hombre, de nada sirve seguir construyendo tantas ciudades vacías de calor humano.

No estamos aún logrados, acabados, concluidos. Seguimos en camino, encomendados los unos a los otros. Crezcamos juntos y formemos un

mundo mejor, un México que esté destinado a cumplir un destino elevado y honroso en el seno de la sociedad mundial. El sol sale en cada generación buena que pasa por el mundo. Y cuando nos hallemos cansados de caminar hacia las estrellas para buscar un poco de luz para los hombres en la noche, reposaremos al pie de la alta montaña silente, con la firme esperanza en la venida de una nueva tierra y un nuevo cielo. Hay en esta espera esperanzada, amor al destino, entrega amorosa a un orden universal que nos trasciende y nos cobija.

### Notas bibliográficas

<sup>1</sup> Epístola de los Corintios 13, 4-8.

<sup>2</sup> Joaquín Xirau: *Amor y Mundo*, Fondo de Cultura Económica, p. 117.

<sup>3</sup> Op. Cit., p. 132.

<sup>4</sup> Maestro Eckhart: Sermo LV, n. 552.

<sup>5</sup> San Agustín: *De Doctrina Christiana*, L. I, c. XXVII-XXVIII

<sup>6</sup> San Juan de la Cruz: *Dichos de Luz y Amor*, p. 59.

<sup>7</sup> Max Scheler: *Ordo Amoris*, p. 22 Caparrós editores, Colección Espirit, Madrid 1996.

<sup>8</sup> Max Scheler: *Ibidem*, p. 39.

<sup>9</sup> Max Scheler: *Ibidem* p. 45-46.

<sup>10</sup> Dietrich von Hildebrand: *La esencia del amor*, p. 73, EUNSA, Ediciones de Navarra, S.A. Pamplona España, 1998.

<sup>11</sup> Dietrich von Hildebrand: *Ibidem*, p. 399.

<sup>12</sup> Siegfried Johannes Hamburguer: "Künheit der Liebe", *Wahrheit, Wert und Sein*, hrg. Walduin Schwartz, Rregensburng, 1970), S. 100.

<sup>13</sup> Moisés Ma. Capelo, O.S.A.: *La inquietud, esa postura humana*, p. 239, Editorial Studium, Madrid, 1969.

<sup>14</sup> San Agustín: Sermo, CCCXXXVI, 2.

<sup>15</sup> San Agustín: *No lo salvus esse sine Vobis*, Sermo XVII, 2.

<sup>16</sup> *El hombre y su Dios*, p. 116, Ed. Paulinas.

<sup>17</sup> San Pablo: Tim. 3,4.

<sup>18</sup> Ignacio Leep: *Psicoanálisis de la Amistad*.

## ESCLARECIMIENTOS SOBRE LA NOCIÓN DE «METAPOLÍTICA»

### -Corrientes y planteamientos-

Dr. Ricardo Miguel Flores  
Jefe de la Sección de Filosofía  
Centro de Estudios Humanísticos - UANL

#### Presentación

En los últimos lustros ha sido cada vez más frecuente en los medios académicos y, en general intelectuales, el uso del vocablo *metapolítica*, el que, como veremos, está urgido de una explicitación adecuada, así no sea sólo por el hecho de que distintos autores se sirven del mismo según diversas y aún heterogéneas connotaciones, toda vez que su utilización no se restringe únicamente a finalidades de índole académica.

En el presente texto intentaremos mostrar las principales concepciones que sobre esa noción es dable encontrar en el pensamiento actual, en la inteligencia de que, por su misma relativa novedad, aún no encuentra una concreción y delimitación bien perfilada en cuanto a sus contenidos, los cuales, de acuerdo a las distintas corrientes del pensamiento, y aún, visiones del mundo, presentan variaciones y matizaciones diversas.

No tiene esta colaboración -sería imposible- pretensiones de exhaustividad, ni es nuestro propósito, al menos por ahora, formular una evaluación crítica de estas distintas corrientes del pensamiento metapolítico. Ello exigiría un trabajo de más largo aliento, y un espacio y condiciones de las que por el momento no disponemos. Tampoco la selección efectuada conlleva desde luego adhesión alguna a cualquiera de las distintas escuelas. Es así que nuestro propósito se circunscribe a una presentación sucinta, -que esperamos suficiente a dicha finalidad-, de algunas de las ideas más resaltantes en las varias manifestaciones teóricas hoy en circulación. Con todo, no nos inhibiremos de efectuar alguna anotación crítica incidental eventualmente. Esperamos que estas breves acotaciones contribuyan a disipar posibles equívocos.

#### La "Nueva Derecha"

Una de las acepciones prevalecientes de "metapolítica" es la que asimila la palabra a una actividad predominante o exclusivamente cultural, que en todo caso es antecedente y preconditione explícita de la actividad política, y aún incluso, faena abiertamente dirigida a la toma del poder